

MAXI
TUSQUETS
EDITORES



JOHN
CONNOLLY

Los mensajeros
de la oscuridad

SERIE
DETECTIVE
CHARLIE
PARKER

JOHN CONNOLLY
LOS MENSAJEROS DE LA OSCURIDAD

Traducción de Vicente Campos González

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

Era fácil subestimar a Moxie Castin, pero solo a primera vista. Tenía el mismo sobrepeso que podía tener un niño, no decía ni una palabra en público cuando ya había cerca otros cinco sin nada mejor que hacer que darle al palique, y sentía inclinación por las corbatas cuyo estampado recordaba a insectos venenosos o a las pesadillas de supervivientes del LSD. Subsistía en buena medida a base de fritangas, café y el refresco típico de Maine que le había dado su apodo, un apodo que hacía mucho que había pasado a ser de uso común entre quienes lo conocían. Le habían bautizado Oleg, y Moxie le sonaba mejor. Perdía casos, pero no muchos, y el número de sus amigos superaba con creces al de sus enemigos.

En ese momento, Moxie se encontraba sentado en un reservado de Becky's, en Commercial, frente a su versión patentada del Hobson's Wharf Special, que básicamente consistía en cambiar la «o» por la «y» cuando se presentaban varias opciones: es decir, beicon y salchicha, dos *pancakes* y torrijas, junto con los necesarios dos huevos sobre abundantes patatas fritas caseras y tostadas normales. Cualquier cardiólogo que todavía no le hubiera pasado su tarjeta a Moxie estaba perdiendo una oportunidad.

Miró con suspicacia mi tostada y el café mientras rociaba su beicon con ketchup.

—¿Quieres que me sienta culpable? —preguntó.

—Eso depende de lo culpable que te sientas ya —dije—. No me gustaría ser responsable de llevarte al límite.

—Me hago chequeos cardiacos regularmente.

—Lo que haces es que te reinicien el corazón con regularidad, que no es lo mismo.

—Tendría que haber quedado contigo después de desayunar. Me estás amargando el refrigerio.

Una salchicha, una loncha de beicon y medio huevo encontraron su destino mientras yo todavía me llevaba la taza de café a la boca. Si estaba consiguiendo fastidiarle el apetito a Moxie, seguramente solo significaba que no se acabaría el plato.

—Tengo un nuevo cliente —dijo.

—Te felicito.

—Es Colleen Clark.

—Retiro la felicitación.

Una semana antes, Colleen Clark había sido interrogada por el Departamento de Policía de Portland en relación con la desaparición y posible muerte de su hijo de dos años, Henry. Las pruebas reales se limitaban a una manta manchada de sangre descubierta bajo la rueda de repuesto de su coche diez días después de que el niño desapareciera, y al testimonio de su marido, Stephen, que contó a la policía que Colleen había tenido problemas de ira y depresión. Afirmó que él también había descubierto moratones en los brazos del niño, que su mujer atribuyó a la incuestionable naturaleza revoltosa de Henry; el niño era una pequeña bola de energía, y cuando no estaba corriendo, estaba cayéndose. En cualquier caso, Stephen Clark había estado a punto de informar de sus sospechas al médico de familia justo antes de que Henry desapareciera.

Como en la pesadilla de todo progenitor, Henry Clark aparentemente había sido secuestrado de su cuna mientras su madre dormía en la habitación contigua y su padre se encontraba en un viaje de trabajo en Nueva York. Una agotada Colleen les había contado a los investigadores que había dormido hasta tarde la mañana en cuestión. Una noche de sueño tranquilo era una rareza para ella, y en las ocasiones en que Henry no reclamaba su atención durante la noche, su cuerpo se apagaba. Se despertó poco después de las siete y fue a comprobar cómo estaba su hijo, y entonces descubrió la cama vacía y la ventana abierta. Inmediatamente registró el jardín, por si el pequeño se las había

apañado de algún modo para encaramarse a la ventana y salir, luego llamó a su marido y, acto seguido, a la policía.

Ambos progenitores hicieron llamamientos por el retorno de Henry sano y salvo, pero algunos observadores se percataron de que el padre estaba más triste que su mujer, que parecía extrañamente distante e insensible. No importaba que hubiera más de un modo de reaccionar frente al trauma, y que la conmoción y la culpa pudieran convertir en maniquíes a los mejores de nosotros. La turba quería un espectáculo, pero solo uno de los actores estaba preparado para ofrecérselo. En cuestión de días, empezaron a circular rumores. Carecían de fundamento, pero eso no suponía ningún obstáculo, pues los rumores infundados eran los más agradecidos.

Solo después de que Stephen Clark se empeñara en transmitir a la policía su preocupación por su esposa se registró a fondo el coche de la mujer y se halló la manta oculta en el maletero. Las pruebas posteriores revelaron que estaba empapada de sangre de Henry. Colleen fue interrogada por la policía, sin un abogado presente. Ella estaba convencida de que no lo necesitaba, cosa que, como dirá cualquier abogado, es uno de los signos de que una persona seguramente sí lo necesita. La mujer negó tener la menor idea de cómo había ido a parar la manta a su coche, aunque admitió que era una manta que les habían regalado unas navidades atrás. Habían guardado la manta en el desván porque a Colleen no le gustaba, y solo permitía que se sacara y se pusiera a la vista cuando sabía que irían a visitarlos quienes se la habían regalado.

Incluso ese pequeño detalle se añadió al testimonio para que, en su imaginación, la gente la condenase: la familia de su marido le había regalado una bonita manta —y también cara, no se trataba de una pieza en liquidación de los almacenes Marshalls—, pero, ingrata e hipócrita como era, la ocultó a la vista de todos, salvo de la familia política. Fuentes anónimas murmuraban con desaprobación lo reservada que era Colleen, que nunca participaba en las iniciativas de la comunidad y se mostraba reticente a unirse a otras jóvenes madres para tomar café, ir de compras o pasear con el carrito del bebé por el centro comercial de Maine. Y de ese modo, una mujer reservada, tímida, con mejor gusto para la ropa

de cama que su familia política, y que no sentía la menor debilidad por el olor a desinfectante del centro comercial ni por el de las velas aromáticas Yankee Candle, se transformó lentamente en una fría zorra capaz de matar a su hijo antes de ocultar su cuerpo y urdir un cuento chino sobre el secuestro de niños.

Pero Colleen permaneció fiel a su historia, incluso cuando la policía empezó a desacreditarla y los medios informaban sobre ella todos los días, circunstancia que hizo que la prensa de Maine se mantuviera a flote prácticamente a costa de ella. Además, había *bloggers*, detectives aficionados, sabuesos de la red y potenciales *podcasters*, así como detractores de diversa índole y simpatías varias, que seguían rondado por el vecindario de los Clark. Si algún emprendedor hubiera puesto un tenderete para vender horcas y antorchas, al cuadro no le habría faltado un solo detalle.

—¿Crees que es culpable? —me preguntó Moxie mientras empezaba con la tostada.

—No puedo opinar —dije—. Solo sé lo que he leído.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara larga cuando te he dicho que la he añadido a mi lista de clientes?

—Porque es una madre sospechosa de haber matado a su hijo. A quienquiera que la represente no le esperan más que un montón de problemas, lo que no quiere decir que te equivoques al aceptar el caso, solo que te echará encima a una panda de pirados. Pero tengo entendido que todavía no la han acusado de ningún delito.

—No, no la han acusado —dijo Moxie—, pero están a punto: retención ilegal de un niño menor de ocho años, un delito de clase C, no muy grave; secuestro, un delito de clase A; y homicidio, otro delito de clase A. Si la condenan, le esperan treinta años por los delitos de clase A, y eso suponiendo que reciba sentencias concurrentes; si fueran consecutivas, Cristo habría regresado a reclamar su reino antes de que ella saliera en libertad.

—¿Por qué no asesinato?

—No me extrañaría nada en este estado, pero tendrían que probar la premeditación. Es más segura la acusación de homicidio, y asegurar los demás cargos como lastre.

—Es difícil probar todo eso sin un cadáver.

—Difícil, pero no imposible. Tienen la manta manchada de sangre, no hay una coartada, y la opinión pública está contra ella: todo esto importa en un caso así. Puede que la justicia sea ciega, pero no es sorda. La selección del jurado será como escoger margaritas en un campo de minas.

—¿Eres el primer abogado al que ha consultado?

—¿Insinúas con ese tono de voz que debería haber sido el último?

A esas alturas, Moxie ya había devorado más de medio plato, mientras que yo apenas había tocado mi tostada. La había pedido para que Moxie no se sintiera mal, pero luego me acordé de que había que pifiarla mucho para hacer sentir mal a Moxie.

—Me parece que te estás volviendo más sensible a las críticas a medida que vas envejeciendo —dije—. Aunque ciertamente no podrías volverte más insensible, pero no deja de resultar inquietante.

Moxie pinchó el último trozo de salchicha.

—Sabes que rompí con Sylvia, ¿no?

Moxie había estado saliendo con una mujer llamada Sylvia Drake durante un par de meses. Era una atractiva morena de cierta edad, pero si alguna vez se había topado con una botella de licor que no le gustara, lo había disimulado muy bien. No era alcohólica, aunque tendía a parar de beber más tarde de lo que debería, y tenía solo dos tonos de voz: alto y muy alto. Yo había pasado una velada con ambos hacía un tiempo; fue una experiencia dura.

Moxie tenía una serie de exesposas y nunca le faltaba compañía femenina, a pesar de que ninguna de sus novias durara mucho tiempo en su agenda. Sylvia Drake no tardaría en ser sustituida por otra glamurosa figura de mediana edad, con algún defecto fácilmente identificable que Moxie utilizaría más adelante para justificar que se deshiciera de ella, aunque con murmullos de arrepentimiento. Resulta interesante que ninguna de esas mujeres le guarde rencor, y que algunas incluso queden para comer o tomar algo de vez en cuando, como un grupo de apoyo informal. Moxie a veces se une a ellas para un cóctel tardío. Si dijera que entendía este tipo de relaciones, mentiría.

—Siento oírlo —dije.

—No, no lo sientes. Vi la expresión de tu cara cuando ella acarició tus oídos durante la cena.

—Bueno, quería decir que lo siento en términos generales. Un lamento poco sincero.

Moxie mordisqueaba la última salchicha, para que le durara más.

—He de reconocer que Sylvia era un tanto excesiva —dijo.

Eso era verdad. La idea que tenía la mujer de redecorar una casa probablemente era hacerla saltar por los aires.

—¿Estás comiendo así para consolarte de tus penas? —pregunté.

—Estaba consolándome —dijo Moxie mientras la salchicha desaparecía en su boca—, pero ya no.

—Gracias a Dios.

—Me preguntabas por Colleen Clark y los abogados. En respuesta a tu pregunta te digo que no, no tenía representante legal hasta ahora porque dice que es inocente.

—Y la gente inocente no va a la cárcel.

—Así es —dijo Moxie—. Le expliqué que a nadie que pensara como ella le faltaría compañía nunca, sobre todo en prisión.

Levanté mi taza para que me la volvieran a llenar de café.

—¿Quién te dijo que las acusaciones estaban en camino?

—Doug Isles, a través de un tercero.

Isles era un fiscal jubilado del condado de Androscoggin. En bastantes ocasiones se había presentado, sin éxito, para un cargo superior —incluidas varias elecciones a fiscal de distrito y al Senado del estado—, hasta que se rindió y se dedicó a criticar desde los márgenes en la columna de un semanario. Escribía bien, pero no admiraba a nadie ni la mitad de lo que se admiraba a sí mismo, y el hecho de que el electorado no hubiera reconocido que sus cualidades eran mejores lo consideraba como una afrenta política a la altura del asesinato de Julio César.

—¿Hay algún motivo concreto por el que se sintiera obligado a hacer eso? —pregunté.

—Para empezar, es amigo de la madre de Colleen. Fueron juntos a la escuela.

—Todo un detalle por su parte —dije— y por tanto impropio de él. He leído sus columnas.

—Entonces ya sabes que no le caen bien Becker ni Nowak, y corre el rumor de que Becker ejercerá de fiscal en el caso. Ese es otro motivo.

Erin Becker era la ayudante del fiscal general del estado y una protegida de Paul Nowak, el actual fiscal general. Nowak iba a presentarse a gobernador y estaba preparando a Becker para que le sucediera como fiscal general. Un caso como el de Colleen Clark les proporcionaría mucha publicidad a ambos, pero solo les beneficiaría si la mujer era condenada. Si perdieran, sus reputaciones quedarían dañadas y supondría un obstáculo para sus ambiciones, cosa que alegraría a Doug Isles en su pedestal.

—¿Quién aconsejó a Colleen Clark que se pusiera en contacto contigo?

—Isles les proporcionó una lista de nombres a Colleen y a su madre. El mío aparecía en la lista.

—¿Tuviste que esforzarte mucho para convencerlas?

—Fui el único al que llamó Colleen Clark. No le interesaban los demás.

—¿Por qué?

—Por ti —dijo Moxie.

Era de dominio público que yo trabajaba de vez en cuando para Moxie. También aceptaba trabajos de otros abogados, pero la diferencia con Moxie era que me caía bien y me fiaba de él, y no le había negado nunca mi ayuda.

—¿Cuándo la acusarán? —pregunté.

—Isles cree que mañana irán a por ella. La gente de Becker ha estado preparando el terreno silenciosamente porque Nowak no quiere ningún error. Puede que le ofrezcan a Colleen un acuerdo de culpabilidad, pero no será generoso y no habrá margen de negociación. Si no consiguen lo que quieren, presionarán para realizar un juicio rápido.

—¿Cómo se lo ha tomado tu clienta?

—No aceptará ningún acuerdo —dijo Moxie—. Afirma que no le hizo ningún daño a su hijo.

—¿Es ahora cuando te pregunto si la crees?

—Puede ser, y te responderé que estoy aquí para defenderla, sea lo que sea lo que haya hecho o dejado de hacer. Entre nosotros, no lo tengo nada claro. Mi instinto me dice que es inocente, pero aun así me preocupa que la suban al estrado. No es que sea una mujer fría, pero sí reservada. Creo que su reacción al dolor es interiorizarlo antes de ponerse una máscara para ocultar cualquier sentimiento extraño que pudiera escapársele.

—¿Y qué me dices de su marido?

—Está convencido de que lo hizo ella, o quizás no lo está de que *no* lo hizo, lo que es casi peor.

—¿Has hablado con él?

—Todavía no, pero es lo que ella me ha dicho. Incluso si no me hubiera dicho nada, su lenguaje corporal y su actitud ante los medios de comunicación la habrían delatado. Ya no viven juntos. Y Stephen Clark, o alguien cercano a él, ha estado filtrando detalles sobre su matrimonio a la prensa, aunque los rumores han ido perdiendo notablemente intensidad estos últimos días.

—¿Por Becker? —pregunté.

—Eso diría yo. Seguramente, ella le dijo a Stephen que dejara de intentar ganarse al gallinero por si la defensa empezaba a gritar sobre la Sexta Enmienda, y todo lo que eso podía comportar.

La Sexta Enmienda garantizaba el derecho a un juicio público y rápido, lo que, en teoría, incluía el ser defendido de información hostil que pudiera inclinar a potenciales jurados contra el acusado, y los medios eran propensos a publicar material filtrado por la fiscalía y las fuerzas de la ley. En la práctica, descripciones sensacionalistas de crímenes y acusados previas al juicio, incluso la publicación de material legalmente prohibido, rara vez conducían a un cambio de jurisdicción o afectaban a la decisión de los juzgados de primera instancia, pero la mayoría de los profesionales legales convenían en que estos factores podían influir en un jurado imparcial. Si el caso iba a juicio, lo más que podía esperar Moxie sería plantear al juez la cuestión de lo que se había dicho o publicado previamente sobre esta clienta, y utilizarlo para recurrir en el caso de una condena.

—No le caigo bien a Erin Becker —dije—. Y Nowak tampoco se cuenta entre mis admiradores.

Por mis contactos en la Unidad de Investigaciones Especiales había sabido que en el departamento de concesión de permisos de la Policía del Estado de Maine se habían ejercido renovadas presiones para rescindir mi licencia de investigador privado. La fuente de esas presiones era doble: la Oficina del Fiscal General y el fiscal de distrito del condado de Cumberland. En su favor, el departamento no había cedido hasta ahora porque yo continuaba cumpliendo el mínimo de requisitos y siempre les llegaba mi cheque. Me había visto obligado a buscar un nuevo seguro para mi póliza de responsabilidad, pero eso era consecuencia de la mala publicidad más que de otra cosa, o eso me gustaba creer. A mis nuevos aseguradores ya se les había pedido que pagaran por los daños causados al Braycott Arms, un hotel de mala muerte de la ciudad, en el curso de una investigación previa. Mi agente me dijo que los aseguradores lo estaban resolviendo sin problemas, aunque las palabras «por ahora» resonaron tácitamente en el trasfondo.

—Ni Becker ni Nowak serían de gran ayuda en ningún caso —dijo Moxie—, así que no te lo tomes como algo personal en esta ocasión. Además, tu implicación podría animarlos a comportarse como es debido. Si pretenden ir de listos, confío en tu capacidad para detectarlo; y si algo se les pasa por alto, tú lo descubrirás.

—No he dicho que acepte el trabajo.

—¿Ah, no? Pues creía haber oído otra cosa. Si tienes dudas genuinas, date una vuelta por la casa de los Clark y mira lo que le han hecho. Puedo darte la dirección.

Lo que le había comentado antes a Moxie volvía a obsesionarme. Era probable que quienquiera que se pusiese de parte de Colleen Clark acabara sufriendo, aunque solo fuera a corto plazo, y a veces me cansaba de mirar a rostros hostiles. Pero había desaparecido un niño, y su madre estaba a punto de verse aplastada por la maquinaria de la ley. Y esa maquinaria se comía a la gente, al inocente tanto como al culpable, y llamaba justicia al resultado, pero solo un bobo se creería que eso era verdad.

—Aceptaré la dirección —dije—, y el trabajo.

—Ahí está, siempre te repites.

—¿Y qué me dices del niño?

—La manta estaba empapada en su sangre. No es impensable que siga vivo, pero parece improbable. —Moxie agitó el dinero—. Sea como sea, tenemos que trabajar en la defensa de Colleen. Si ella no lo hizo, y, como he dicho, tengo la sensación de que es inocente, entonces seguramente alguien ha asesinado a su hijo y además intenta destruirla a ella. Ese es tu terreno, pero tendrá que discurrir en paralelo a la preparación del juicio.

Me acercó el dinero. Moxie pagaba en efectivo, y daba buenas propinas.

—¿Ella tiene fondos?

—Colleen no tiene lo bastante para pagar una representación legal a largo plazo, así que es su madre la que se encarga de la cuenta. La casa todavía está hipotecada, y la parte de Colleen si se vendiese no ascendería a más de treinta o cuarenta mil. Pero su padre era un ejecutivo del gas, y dejó a su madre forrada cuando murió. Ella no tiene problemas en gastar lo que haga falta para salvar a su hija, y tal vez averiguar de paso lo que le ocurrió a su nieto.

—Porque lo uno va con lo otro.

—Si no puedo probar que ella es inocente —dijo Moxie—, demostrar la culpabilidad de otro me servirá casi igual.

Nos levantamos para marcharnos; Moxie se sacó una mascarilla del bolsillo y se la puso para pasar entre la cola de gente que se había formado junto a la puerta. La mascarilla era negra, y llevaba escritas, en blanco, las palabras LLAME A MOXIE, junto a su número de teléfono.

—Tengo un maletero entero lleno de mascarillas como esta —dijo—. Y estoy resuelto a darles algún uso, y que le den a lo que diga el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades sobre la covid, porque seguiría sin hacerme ninguna gracia que alguien al norte de Bangor me tosiera encima. Y recuerda mis palabras: pronto nos enfrentaremos a otro virus por el estilo. Mira, si la covid hubiera hecho que a la gente le salieran verrugas o ampollas en la cara, cada jodida persona de este estado se habría peleado por una vacuna y un traje de protección para materiales peligrosos. ¿Quieres una caja de mascarillas, por si acaso?

—Es tentador, pero me parece que paso.

—Bueno, si cambias de opinión, solo tienes que pedírmelas. Te ofrecería que también te las personalizaran, porque conviene hacerse publicidad, aunque llamarías demasiado la atención durante una vigilancia.

Cuando salimos, la bruma matinal había madurado hasta convertirse en llovizna. El cielo encapotado tenía el color del humo de una fábrica, a lo lejos se veían aves como fragmentos carbonizados ascendiendo.

—¿Cuándo puedo hablar con ella?

—Cuando quieras. Está en casa. Le dije que debería irse durante un tiempo, pero ella se negó. No solo es una mujer reservada, también es terca como una mula. En eso ha salido a su madre. Colleen dice que no va a dejar que nadie la eche de su casa.

Moxie pareció abatido por un instante, y hasta se le ensombreció un poco la expresión.

—¿Es eso todo lo que hay?

—No —respondió Moxie—. Me ha contado que duerme en el suelo de la habitación de su hijo. Creo que se está atormentando a sí misma.

Un carguero avanzaba por el río Fore hacia el Casco Bay Bridge. Sobre la cubierta, vi un solitario marinero, pero no podía distinguir si miraba hacia delante o hacia atrás, y el buque parecía desprovisto de más tripulación. Aparté la mirada por un momento, y cuando volví a mirar, el marinero ya no estaba. Si el barco, desatendido, hubiera embarrancado en la orilla del río, no me habría sorprendido.

—Doy por sentado que ya has hablado con ella largo y tendido.

—Sí, y mi secretaria ha mecanografiado el informe preliminar. Puedes leerlo antes de visitarla, si crees que te servirá de algo.

—Esperaré.

Las notas de Moxie serían de utilidad, pero las observaciones más interesantes estarían almacenadas en su cerebro. Podíamos comparar las notas más adelante.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Moxie.

—No, primero hablaré con ella solo, si te parece bien.

—Si no me gustara cómo trabajas, no estaríamos manteniendo esta conversación.

Habíamos llegado al coche de Moxie. Esperé mientras él intentaba encontrar el mando a distancia, pues la hechura de todos sus trajes hacía tiempo que se había arruinado tras años de cargar con llaves, cuadernos y móviles en bolsillos que nunca fueron pensados para llevar nada más grueso que una tarjeta de crédito. A Moxie no le importaba. Incluso esos aspectos de su apariencia, que supuestamente delataban su falta de atención, los había cultivado con sumo cuidado. La existencia entera de Moxie era un gran juego estratégico.

Pensé en Colleen Clark y lo que me esperaba. Me entraron ganas de hacer lo que siempre me tentaba en esos momentos: salir corriendo, salvo que era consciente de que si lo hacía nunca podría recuperar lo que había perdido.

—Va a ser un mal caso, ¿verdad? —comenté.

—No creo que recuperemos al niño —dijo Moxie—, así que ya lo es.